

el implacable roberto ruiz

por Luis Adolfo Domínguez

Generalmente, la evolución de un escritor, de un libro al siguiente, es visible, tanto en sentido ascendente como al contrario. El caso de Roberto Ruiz es uno de los más recientes y notables, porque desde que publicó *El último oasis* a esta última novela: *Los jueces implacables*,* parece haber evolucionado literariamente hasta el punto de provocar al lector auténtico entusiasmo. Es tal el contraste que no se puede juzgar este libro aisladamente, aunque eso pueda no parecer muy ortodoxo.

Por ser español, nacido en Madrid y haber abandonado su patria en 1939, podemos entender muy bien la historia de Roberto Ruiz, y que ubique sus novelas en una España llena de exilios y poblada de repatriados, o sumergida en la consagración irrestricta de un *statu quo* tan familiar y vigente que subleva. El salto literario reside en que, mientras el desarrollo de *El último oasis* era representado por el recorrer minuto a minuto una vida, bastante plana y en descenso, *Los jueces implacables* es un relato palpitante, ágil, a ratos colindante con el esperpentismo, de una serie de vidas, ésas sí descendentes, pero dentro de un marco que sube en calidad e interés, porque representa una historia española que aterriza, entre otras cosas porque pudiera ser la de hace mucho tiempo, o la presente, o la que se les va a venir encima, cosas todas lamentables, y muy especialmente la última, por inminente.

Los jueces implacables comienza como novela-mosaico. Se dan en ella secuencias de personajes independientes y fragmentados, con poca o ninguna relación en común. A través de ellos se va captando la pavorosa situación de un país que nunca se confiesa como España, pero que lo está gritando entre líneas, como también va gritando entre líneas esa repetición política y social, que en España es religiosa al mismo tiempo, claro, de regímenes que pueden ostentar impunemente el membrete de Isabel la Católica, Alfonso XIII, Francisco Franco o Juan Carlitos, porque la diferencia es bien poca en esencia.

De esa vida privada que se viola, el libro va pasando a la concatenación de los personajes, en situaciones normales y lógicas, aunque se trate de un país que va entrando en efervescencia hasta hacer erupción. Una erupción también muy discreta y, si no organizada de un modo muy convincente, sí vista con simpatía y, sobre todo, presentada como una necesi-

dad popular a nivel de legítima defensa, ni más ni menos.

Lo importante de *Los jueces implacables*, como obra literaria, es que conforma una novela real, sólida, bien pensada, en la que cada personaje da la impresión de poseer vida, y en la que la estructura se siente meditada y eficaz, sin recurrir a cosas descabelladas y marrulleras, sino deslizada en escenas muy aceptables y muy posibles, que no excluyen ciertos toques gruesos y espectaculares, a lo Camilo José Cela, que por suerte se administran con tacto.

En concreto, los personajes vívidos de la novela corresponden a un tipo específico de entes sociales. De "Su Majestad" para abajo, los individuos del libro son intelectuales —en modalidades de poetas, maestros, filósofos intuitivos, o imbéciles de una bondad aplastante—; o son políticos con todos los agravantes, o son mujeres, y mujeres españolas especialmente. Hay también sacerdotes de todas las graduaciones, en una proporción... española.

Todos estos seres existen muy justificadamente, actúan y cumplen una misión. Lo interesante es que van entrando en contacto unos con otros, influyéndose y hasta destruyéndose, voluntaria o accidentalmente, pero sin perder su individualidad y sus características, dentro de un ambiente como es un país explotado hasta la médula, abúlico, decepcionado de la política, prejuiciado y lleno de miedos y tabúes supersticiosos, y reventado por dos grandes pies, uno calzado por la bota

militar y el otro por la que originalmente fue sandalia franciscana, que llegó a convertirse en zapato moldeado, de piel finísima, hecho para las alfombras en que debe desplazarse habitualmente.

Este pueblo hecho de personajes, y cada uno de estos personajes hecho pueblo, van inclinándose hacia un movimiento social profundo, que al fin estalla, arrastrando a otros cuyas inquietudes eran más individuales y menos sociales, pero igualmente profundas.

Hay un par de maestros filósofos —uno de ellos Miguel de Unamuno, propongo fervientemente—; varios hombres del pueblo elevados a puestos políticos increíbles, con manifiesta sorpresa suya; políticos que atienden a sus intereses terrenales, como su nombre lo indica; y mujeres que propenden a buscar la salvación extraterrena, aportando sinceramente lo que pueden. Como sombras sustentantes de este guñol, hay un gobierno formal representado por un imbécil, y dos verdaderos poderes: el militar político y el clero político.

Jauja, como quien dice.

La tarea del escritor, en un habitat como el señalado, es muy fácil, si se orienta hacia la crítica de su *esto*. Pueden hacerse maravillas concretándose a un ladrillo, sea político, social, religioso o sentimental. A mi modo de ver, el acierto de Ruiz reside en fijarse un punto de vista más remoto y objetivo, en el que la situación del medio ambiente no se explica, ni se entiende, ni se ve, si no es por medio de los cristales —prismas— que dan los personajes, luego de haber sido sometidos a una crisis. Una crisis tan insoslayable como la propuesta en la novela es el factor determinante.

En cambio, urdir un tema tan intemporal y aplicable —en tiempo y espacio— como *Los jueces implacables*, requiere de una dedicación literaria muy firme, por el trabajo que significa coordinar los elementos sin desbocarse en ataques desafortunados a...

Bueno, a estas cosas.

LATINOAMÉRICA

Anuario

Estudios Latinoamericanos

Facultad de Filosofía y Letras

Núm. 3, 1970

Director: Leopoldo Zea

Editor: María Elena Rodríguez de Magis

Colaboraciones de: Abelardo Villegas,

Andrés Lira González, María del Carmen

Velázquez, W. Raat y otros.

* Roberto Ruiz: *Los jueces implacables*, México, Joaquín Mortiz, 1970. 264 pp. (Nueva narrativa hispánica.)